

No decir nada

La conversación en la cúspide de la comunicación

Noé Jitrik*

En *L'entretien infini*, un libro tan brillante como todos los suyos anteriores pero que, en cambio, circuló tal vez un poco menos que los demás, Maurice Blanchot pone en escena una inicial situación de conversación. Se diría "conversación en estado puro".

La situación tiene algo de teatral o de narrativo: alguien toca en la puerta de otro que lo está esperando, precisamente, para conversar. Esa expectativa, fija en cierto modo, determina el arduo comienzo de lo que los pragmáticos llamarían una "interacción". Lo sorprendente es que, salvo construir tal interacción, los que conversan no tienen prácticamente "nada" que decirse, en el sentido de "algo" para intercambiar. Sin embargo, hablan; pero tampoco es la virtuosa exhibición de una dislalia de la que podría surgir, artísticamente, un tema, en forma de obsesión cubierta por palabras, engendrada por las palabras. De pronto, pese a toda esa inercia, un núcleo, que podríamos llamar semántico -e incluso vaga pero realmente referencial-, co-

*Pofesor-investigador de la Universidad de Buenos Aires, la UNAM y profesor invitado de la UAM-Xochimilco

¿Se conversa infinitamente para sentir que se lucha, a través del otro, por el otro que, a la vez, es uno mismo?

mo por ejemplo la fatiga o el tiempo que pasa o la impaciencia porque los mensajes no toman forma, adquiere presencia, se llega a hablar de "eso". Pero esa forma es tenue, no se podría adivinar en ella una historia más o menos completa, mucho menos una psicología; en cambio se ve, porque está dominándolo todo, una cierta lógica finalística: se conversa con tanta fuerza, con tanta tensión que, evidentemente, se trata de que la conversación se prolongue, que continúe. De ahí la idea inicial: "infinita".

Haciendo una analogía fácil: ¿se trata de amarrar otra clase de continuidad, la de la existencia, amenazada? ¿Se conversa infinitamente, no sólo en el libro de Blanchot sino en la sociedad misma, para sentir que se lucha, a través del otro, por el otro que, a la vez, es uno mismo?

La conversación que mantienen los dos dialogantes -y que podría constituir un modelo de toda conversación verdadera, o sea desinteresada- se sostiene, evidentemente, por las frases que ambos emiten: si sólo uno, y no ambos, emitiera frases no sería conversación, sería monólogo. Pero en sí mismas las frases tienen un escaso espesor semántico, no sólo *dicen* poco sino también lo dicen penosamente, como si no existiera una idea previa acerca de lo que están diciendo; sin embargo, la conversación no es vacía. ¿En qué consiste su lleno?

La situación, ya lo anticipé, es casi teatral: uno lanza una frase sin contexto y el otro, como si lo que esa frase dice no tuviera ningún elemento conocido, como obligándose a comprenderla, la replica después de un momento; si es una pregunta (del tipo: "¿No hemos sido siempre benevolentes?") hay una cierta inducción de la respuesta ("Siempre"), lo cual reduce el esfuerzo de responder, pero si se trata de una afirmación ("Y bien, nos bastaría...") la réplica ("No, no bastaría...") brota lentamente, le es necesario al replicante un reconcentramiento, un silencio que se adivina- y ése es un mérito del texto- arduo,

previsto físicamente: "Se sientan, separados por una mesa, no mirándose uno al otro, en torno a la mesa que los separa, un intervalo bastante amplio...".

El primer circuito, pregunta-respuesta, convoca a una lógica que, aunque atenuada, implica cierta forma de intercambio; por el contrario, cuando la frase es de afirmación, segundo circuito, la réplica tiene un carácter más riesgoso y tentativo: o bien la réplica reduplica lo afirmado, o bien lo desvirtúa ("uno de los dos espera del otro una confirmación que, en verdad, no llega..."); en todo caso, quien habla en segundo lugar, el obligado replicante, se convierte en comentarista.

Quando la frase es de afirmación, la replica tiene un carácter mas riesgoso y tentativo.

Pero si en el circuito pregunta-respuesta quien pregunta es, de algún modo, un protagonista, quien responde, si no es indiferente a la instauración del circuito, corre el riesgo de quedar amarrado a lo que se le quiere inducir, de modo que podría no dejar nunca de ser deuteragonista, pero, como quizás no desee que tal cosa suceda, es posible que intente dar a su respuesta también la forma de la pregunta, para ser a su turno protagonista o, saliéndose del esquema, de la afirmación; en uno u otro caso se trataría de una conversión que imprimiendo un nuevo sesgo al circuito, el de una leve rebeldía respecto de la inducción, crea el espacio de una estrategia pero, igualmente, una sombra que acompaña lo que se está diciendo. Como si la ineliminable intención restringiera el carácter puro del intercambio, contaminara la conversación.

En el circuito de la afirmación las intenciones, igualmente imprescindibles, son menos claras, hay un flotamiento que hace de la producción del comentario una fabricación fuertemente temporalizada porque el comentarista necesita de un tiempo de silencio sumamente variable para preparar su comentario, para forjar el cual no le basta lo que conlleva la afirmación, sino que debe asumirla y desbordarla lo cual da lugar a una paradoja: el mayor

tiempo que necesita para comentar mejor hace peligrar el surgimiento mismo del comentario. De modo que en ambos casos la conversación se desenvuelve entre escollos y peligros, puede cesar a cada instante y, de hecho, lo que la autoriza como conversación -con-versar o con-vertir o sea "verter" algo con, junto con- es una continuidad que se crea sobre una amenaza de cese o, dicho de otro modo, una articulación precaria entre emisión y silencio.

El Ritmo

De modo que ese hablar del libro de Blanchot no parece ser una ocasión efusiva sino, sobre todo, como modo de intercambio, la instauración de un ritmo: uno articula una frase, el otro la replica y, entre afirmación y comentario o, a veces, entre pregunta y respuesta, se introduce un silencio que, se sabe, es el fundamento de una escansión. No importa si el silencio es para preparar un comentario o si es menor cuando se trata de una respuesta -algo así como "piense bien en lo que va a responder"-, el hecho es que se ha creado un ritmo del que los participantes no sólo no se pueden salir sino que tra- tan de consolidar como la única realidad a la que pueden acceder. El ritmo, a su vez, adopta diversas formas susceptibles de lectura; se las puede describir y quizás clasificar: la música presta abundante material analógico para ello; se las puede considerar como indicativas del modo de intercambio o de la forma misma de la conversación. En uno u otro caso, se dibuja un campo de una amplitud extraordinaria que, en otras épocas, hizo pensar que la conversación era una práctica, incluso un "arte" en el que algunos podían descollar o que se podía prescribir.

Este -a mi vez- comentario sobre la conversación "infinita" que Blanchot despliega sin concesiones a

historia de ninguna clase, podría morir en los términos a que da lugar; mi comentario sería, en ese caso, algo así como un "análisis de texto" que puede llegar a destacar alguna cualidad o virtud o estructura de un texto en particular; podría, en ese caso, poseer alguna cualidad de sugerencia, se podría pensar que el texto "quiere decir" alguna otra cosa que, por ese hábito analítico, justifica la inmanencia del análisis. Me resisto a tal encierro y declaro mi intención: me parece que la situación conversacional no es sólo tema de un texto ni estructura de un tipo de discurso, el narrativo o el teatral, sino una articulación social verdadera, cuya dimensión y espesor difícilmente reconozcamos porque, parafraseando a Hegel, la conocemos demasiado como para reconocerla.

Ahora bien, ¿en qué sentido podríamos intentar conocerla? Una respuesta posible sería taxonómica: por lo dicho se percibe, o si esto es demasiado, se intuye, que existen numerosas figuras conversacionales que podríamos establecer, clasificar y tipologizar: conversaciones que se organizan desde, por ejemplo, su objeto (intercambio de información, declaración de amor, etcétera) hasta, por ejemplo, la finalidad (seducción, engaño, etcétera) pasando por la cualidad (gratuitas o sociales), o la cantidad (diálogo, plurólogo). Otra respuesta, quizás más inquietante, sería considerarla básicamente un acto comunicativo, con todas las implicaciones del caso. Esta respuesta es prometedora y sobre ella trataré de trabajar. En todo caso se inscribe en mi propia intuición acerca de lo que es la comunicación en un sentido originario que los logros de la comunicología han hecho olvidar un tanto.

La situación conversacional no es sólo tema de un texto, sino una articulación social verdadera.

La comunicación y comunicología

Vale quizás la pena decir algo sobre este sentido originario; evidentemente, la palabra integra un pa-

Es indisociable de la idea de comunicación la de alteridad, el acto comunicativo es esencial y definitivamente erótico.

radigma cuyos miembros poseen todos por lo menos un rasgo, lo común que se establece: comunión, comunismo, comunicación. Pero lo que se establece, en cualquiera de estos campos, lo hace entre varios sujetos del movimiento de establecimiento: comunión con Dios, comunismo de los bienes, o sea distribución entre muchos, comunicación entre personas. Así, pues, en lo que concierne a la comunicación, para que se entienda la idea que ordena el "entre" debe haber más de uno o, desde la perspectiva de quien inicia el acto comunicativo, debe haber "otro". En suma, es indisociable de la idea de comunicación la de alteridad y si, como ya está dicho, hay un acto que se inicia entre el uno y el otro, el acto comunicativo es esencial y definitivamente erótico, mediante él no sólo se tiende un puente, "entre", sino que desde la intención se persigue un propósito incluyente; de ahí que, en ciertas ocasiones, cuando se considera que la comunicación entre dos sujetos ha sido plena, se invista ese logro de atributos de calidez. Pues bien, el sitio social en el que así entendida la comunicación se ejerce sin mediaciones, aunque pueda estar interferida por diverso tipo de ruidos, es la conversación cuyo logro máximo, paradójicamente, se da cuando ya las frases de intercambio no son necesarias y pueden ser reemplazadas por el silencio al que, así logrado, se le atribuyen las máximas cualidades comunicativas, en el amor sin palabras, en el encuentro con Dios, también sin palabras.

Pero los comunicólogos nor el "público". ¿Por qué ha ocurrido esto? Yo creo que ha ocurrido -además de las razones históricas que podrían invocarse como consecuencia de un desplazamiento: el aspecto intencional, que no sólo es lo que más se ve sino lo que da lugar a toda clase de estrategias y manipulaciones, tiene que ver con el efecto y éste, a su vez, aparentemente, con lo que se quiere hacer de los valores de una sociedad; pero la intencionalidad, aunque es sólo uno de los momentos de la cadena

comunicativa, ha predominado en la consideración sobre los restantes, quizás porque encarna con mayor nitidez el aspecto objetivo de la comunicación, hasta el punto de ser considerado como sobrepuesto al acto comunicativo global, alterándolo en su alcance.

¿Será posible hablar de una comunicología que atienda al alcance originario de la idea de comunicación? No sé si, a esta altura de la articulación científica o pseudocientífica, de todos los aparatos explicativos montados, de la importancia social que tiene la disciplina, de la dimensión de su uso, se podrá remontar la corriente y comenzar una reflexión de nueva cuenta; quizás no se pueda pero, en todo caso, es evidente la necesidad de reiniciar esa reflexión. No veo otro modo de hacerlo, por el momento, que abandonando los tópicos corrientes de la comunicología e internándose en ese objeto "conversación" que, omnipresente en la práctica individual-social, puede mostrar en sus mecanismos sino otra cosa al menos lo que es ese aparato o estructura que llamamos comunicación, cuya forma se desvanece actualmente en las manipulaciones de que es objeto. Es también evidente que reducir nuestras preocupaciones comunicológicas a la publicidad o a los efectos nefastos de la tecnología, si bien sigue aportando información, cuando no racionalizaciones perversas sobre sus alcances, no lleva muy lejos, suspende la relación que existe, sin duda, entre comunicación y cultura, produce un hito que sólo los sacerdotes de la comunicología, así entendida, pueden ignorar.

Así, pues, empecemos por reconocer que la presencia de la conversación tiene cierto carácter de universalidad, está en todas partes, no requiere de otros medios que un código compartido, una voluntad y, por lo menos, dos actores; la podemos situar, en consecuencia, en la base de la comunicación, lo que no quiere decir que todo acto conversacional la realice. Es más, junto y simultáneamente a una teoría del acto conversacional deberíamos colocar una teo-

Reducir nuestras preocupaciones comunicológicas a la publicidad o a los efectos nefastos de la tecnología, no lleva muy lejos.

ría de la "interferencia", a la que me referí más arriba, que impide, de diverso modo, su traducción a términos comunicativos. Se diría, de este modo, que cada encuentro está guiado por un deseo -voluntad- frustrado por múltiples desequilibrios; en todo caso, lo que sí podría afirmarse es que entre deseo y frustración se constituye un ritmo que, interpretando a Blanchot, es lo único que queda y es lo que se admite o reconoce como "conversación"; el ritmo así engendrado estaría en un segundo nivel en relación con el concepto que surgía de la presencia de los silencios en el mecanismo afirmación/comentario o pregunta/respuesta, evocado más arriba.

Cada encuentro está guiado por un deseo (voluntad) frustrado por múltiples desequilibrios.

Pero eso que queda, conversación, es lo que queda de un sinnúmero de intentos que podrían sucederse, y de hecho así ocurre, al infinito, precisamente porque hay un deseo que no cesa; eso nos autoriza a reconocer, por un lado, que la conversación no sólo está en todas partes sino que seguirá estando en todas partes, cualquiera sea la forma que adopte, y, por el otro, que lo que la amenaza -represión- no la elimina aunque la interrumpa: precisamente la interrupción la lleva a modificarse, a buscar todos los recursos residentes en el código y, cuando están agotados, a buscar en otros códigos para lograr su continuidad: el preso, aislado, conversa mediante golpes, los extranjeros o los sordomudos mediante gestos y señas, quienes no pueden hacerlo verbalmente -porque están lejos o porque no pueden alzar la voz- mediante papeles -cartas o mensajes-, etcétera.

La conversación no sólo está en todas partes sino que seguirá estando en todas partes.

Una probable historicidad del deseo

Ahora bien, es el deseo, por más que esta palabra introduzca un recurso explicativo ya muy trasegado, lo que confiere a la conversación su fuerza y su virtud, lo que se espera de ella pero, también, su historicidad. Esto quiere decir que pese a que

siempre se trata de conversar no sólo no existe un solo tipo de conversación sino también que van apareciendo formas conversacionales diferenciadas a partir de condiciones sociales de orden general en las que va operando y que, por cierto, varían: no es lo mismo conversar en una corte del siglo XVIII que en las calles de la revolución francesa, no es lo mismo conversar en los campamentos de Cortés, antes de ocupar Tenochtitlán, que en los conventos que se instalan después; por cierto, determinados modos de conversación pueden marcar una época y dominarla para luego ser abandonados o reemplazados; incluso puede haber modos nacionales de conversación que operan como constantes o grillas sobre las cuales se inscriben las variantes, todo lo cual se entiende muy bien y no requiere de mayores explicitaciones.

Conversación y Política: discurso público y discurso privado

Por razones políticas muy fácilmente comprensibles hay momentos en los que se favorece la conversación: la conversación de este modo se expande y se traspasa a órdenes simbólicos que dan constancia; la fecundidad del diálogo en la novela o en el teatro del siglo XIX indica cierto estatuto de la conversación así como la disposición de las figuras en la pintura cortesana del siglo XVIII, por oposición a las figuras hieráticas y aisladas de la pintura del siglo XVI; en el siglo XX, el diálogo novelesco o cinematográfico o incluso televisivo es más proteico y variado visto en general pero la observación permite examinar el papel que desempeña: en cierta novela objetivista no hay diálogo, en ciertos anuncios de publicidad tampoco, en otros se advierte la dificultad de configurarlos por razones culturales, pero en el cine de género o de adaptación el diálogo, ligado a estructuras psicológicas de personajes fuertes y definidos,

tiende a regresar; en el teatro, es evidente que el diálogo tiende a perder espesor en favor de la expresión y del movimiento.

En el teatro, el diálogo tiende a perder espesor en favor de la expresión y del movimiento.

En otros momentos, la conversación está, por el contrario, socialmente acorralada y suspendida como canal espontáneo de comunicación: los discursos públicos la sofocan (no tiene sentido hablar en privado) o bien la desmoralizan (no vale la pena conversar fuera del discurso público y objetivo) o la neutralizan (no significa nada conversar privadamente) porque ocupan todo el espacio auditivo.

Pero veamos esta circunstancia: en un momento de estridencia del discurso público se produce un ensordecimiento en y respecto de la conversación; sobre este axioma se presentan diversas posibilidades, diversas situaciones.

La primera: si en esas condiciones la conversación privada prosigue se hace vana pero también puede, al proseguir, indicar cierta resistencia. Puedo imaginar esta situación: el día de un anuncio presidencial, guerra, devaluación, renuncia del mandatario, etcétera, que afecta a la nación, por un lado, y la conversación entre dos ancianos en un asilo, no sólo al mismo tiempo sino, lo que es más contrastante aún, después, cuando todas las conversaciones girarían en torno a dicho anuncio.

La segunda: si de pronto surge un discurso público impetuoso, que llena, verdadera o aparentemente, definitiva o transitoriamente, muchas expectativas sociales, como es el caso de los momentos revolucionarios iniciales, la conversación entre dos puede muy bien llegar a suspenderse arrollada por el discurso público, pero si continúa sólo le quedan estas posibilidades: adquirir la forma de la glosa, o bien del ruido vacío de la cháchara, o del intercambio estrictamente informativo, o de la declaración afectiva o, por fin, del socavamiento de la homogeneidad triunfante del discurso público; cuando el discurso público es totalitario y controla-

dor, la conversación, además de todas sus formas rutinarias, aparece, desde la perspectiva del discurso público, como sospechosa y corrosiva, menos como acto específico que como lugar de refugio. En todo caso, es probable que no tenga el desarrollo que tiene, al mismo tiempo, en sociedades en las que se lleva a cabo en otras condiciones.

La tercera: correlativamente, con la declinación de un discurso público -porque ha perdido credibilidad (un partido político que se eterniza en el poder) o ha dejado de interpretar una situación de racionalidad (el comunismo en Hungría) o de fuerza (una dictadura militar)-, cuando su presencia social es vacía (el discurso patriótico de la conmemoración por ejemplo), regresa la esperanza en la conversación -ávida si el período de dominio del discurso público ha sido prolongado-, que en estas condiciones reaparece pero en la reaparición misma se producen algunas paradojas: si el discurso público, objetivo y generalizante, implicó una imposición totalitaria, el retorno de la conversación puede parecer el síntoma de una posibilidad democrática pero si, al mismo tiempo, el totalitarismo implicó cierto grado de suspensión de una sociabilidad organizada, la conversación privada, que expresa la multiplicidad democrática de las figuras conversacionales, infectada por esa suspensión, privatizaría atomísticamente las relaciones, les quitaría sociabilidad hasta vaciar teóricamente incluso la noción de ley. Se trataría, por el contrario, de que la conversación fuera no sólo liberación de presión contenida sino garantía de sociabilidad democrática. ¿Pero qué tipo de conversación privada? ¿Es posible imaginar, en la instancia de una vigencia total y democrática de lo conversacional, algo que vaya más allá de la superposición de voces, de un alboroto informe, de un unísono atronador, de un murmullo total?

Cuando el discurso público es totalitario y controlador

Paréntesis sobre la interrupción

En este punto, lateral si se quiere, se diría -haciendo un paréntesis en el razonamiento acerca de la relación entre discurso público predominante y conversación intersticial o recuperada- que los "modos" de la conversación pueden dar lugar a múltiples figuras que se manifiestan por medio de estructuras precisas, todas las cuales se interactúan: la réplica, la frase breve, el período prolongado, la acotación afirmativa, el consentimiento ambiguo, etcétera. También la interrupción que, en mi opinión, desempeña un papel diferente, sumamente complejo. Por supuesto, se sabe lo que es y la valoración que carga: para unos es abominable, para otros es el legítimo ejercicio de un derecho a modificar la posición de la enunciación. En todo caso, y escapando a las seducciones de las taxonomías parciales pero recuperando la temática "discurso público/conversación", en el instante en que la primacía monológica de un discurso público se desmorona -de lo cual tenemos numerosos ejemplos individuales como políticos- la interrupción parece una alternativa para la reconstrucción del discurso privado: no hay más que recordar las escenas de la Convención de 1793, de las que parece un milagro, en virtud de la interrupción constante, que se haya tomado alguna decisión, acertada o errónea.

Discurso Político y conversación

Pero poseemos material de observación más próximo en el tiempo para estudiar esta mecánica: en cierto momento el discurso político, el mayor discurso público imaginable, era esencialmente heroico y monológico pero, al mismo tiempo, objetivo: las razones del enunciante eran las de la Razón y la Conveniencia y el Interés que defendían era el de la

Nación, el Mundo, la Paz, el de ciertas clases sociales; su objetivo, en dictadura, eran no ser discutidos sino aceptados fuera de una lógica discursiva individual; en democracia, por el contrario, el discurso político público implicaba una "apelación": tiende a buscar la ratificación, el sostén, en suma los enunciantes quieren ser votados otra vez si lo habían sido una primera. Razonemos esta situación: durante la vigencia de este tipo de discurso público, la conversación privada no sólo permanece sino que se desarrolla pero enclaustrada: es como si lo que ocurre en ella no afectara el campo social, reservado al discurso público; la televisión rompe sutilmente esta separación en la medida en que intenta hacerse cargo de "modos" conversacionales concretos para hacer notar que el discurso público tiene en cuenta su alcance; la publicidad lo dice claramente: se trata de vender un producto pero el modo de hacer interesante la compra es haciendo sentir que entre el orden conversacional, en lo posible de cada cual, y el producto se tiende una relación de necesidad ineludible. El discurso público-político lo va entendiendo y si antes requería el voto porque estaba en juego un interés superior y abstracto ahora lo pide desde la intimidad de cada uno de los votantes. Dicho de otro modo, los políticos, gracias a lo que enseña el lenguaje televisivo, persiguen efectos perlocutorios siempre los mismos pero ahora mediante estructuras verbales propias de la conversación que, a su vez, le han dado al lenguaje televisivo una inflexión novedosa.

Se trata de una mezcla que, renunciando aparentemente a viejas estrategias, constituye una nueva estrategia que se quiere definir como "moderna" y según la cual, junto por lo general a una idea cruel del proyecto en ciernes se emplea un lenguaje directo, íntimo, cálido, concreto, en los principales discursos sociales: el político le habla al individuo-experiencia, el publicitario al sexo, el guionista a lo doméstico, el

En cierto momento el discurso político, el mayor discurso público imaginable, era esencialmente heroico y monológico.

economista al ama de casa, el novelista a un lector predeterminado, el religioso al comulgante, el médico al enfermo, etcétera. Y, aunque se recurra por igual a la imagen, como lo señala Courtine, la introducción de lo conversacional es justamente eso, introducción de una estructura vehicular, no es la dimensión stricto sensu de la conversación.

La conversación en la crisis de la comunicación

Entonces, ¿es de esto que habla Blanchot? ¿Se trata de un combate de nostalgias en el cual, habiendo ganado la batalla, la conversación aparece perdiéndolo todo, prestándose a otro sentido? Porque es evidente que ese modo de incorporar la conversación a los discursos que le eran antagónicos implica una reducción de sus aspectos esenciales y, desde el punto de vista comunicológico, una reafirmación de los modos ya rutinarios de establecer los objetos. Por lo tanto no es de esto que habla Blanchot porque este "nuevo" discurso político o público lo único que hace es aprovecharse de las estructuras conversacionales, por ejemplo de la réplica, mediante una manipulación de la suposición de un cambio en la cultura, aunque este cambio haya sido producido por razones que nada tienen que ver con el erotismo primario de la comunicación, para reconstituirse desde su vacío. Pero *no es* conversación lo que hace: lo que hace es llevarla a otra parte, a la zona de un hacer. Ahora bien, lo que importa es la conversación como lugar de un hacer saber que se construye con sus propios modos, con sus finalidades que a veces poco tienen que ver con "la" finalidad.

De lo cual surgen otras preguntas: ¿tiene todo esto que ver con la crisis de la comunicación? ¿Existe tal crisis o puede pensársela en algún lugar que no sea el de las formas que adopta? ¿O tiene más que ver con la crisis de las teorías de la comunicación

social, de las que muchos dicen que han llegado al extremo límite de la determinación de su objeto y del método para examinarlo con algún provecho?

Y si hablamos de "comunicación social" -que es de lo que se ocupan casi todos- podríamos, en las circunstancias actuales, arrinconar a quien fue hasta hace poco su principal regulador, el Estado, (el Estado de los países latinoamericanos por precisar un poco las cosas) interrogándolo acerca de si le es posible, en el proceso de disolución en el que parece haberse internado casi alegremente, propiciar una incorporación a su discurso de las estructuras de la conversación sin adulterarlas, sin ese ánimo manipulador del que el discurso político en los Estados Unidos y en casi todas partes es un ejemplo vivo. Pero también nos podríamos preguntar si la sociedad civil puede hacer o desear esa incorporación, en la medida en que la disolución del Estado, justamente, le está ofreciendo la posibilidad de reorganizar el discurso comunicacional.

La conversación como lugar de un hacer saber que se construye con sus propios modos.

¿Podrán hacerlo verdaderamente uno y otra? Lo que se ve por ahora es que ambos advierten la importancia de la conversación pero sólo para apropiarse de algunos de sus tics o subproductos, o de sus "modos" y, en esa apropiación, reducen o bloquean lo que la conversación estructura en la subjetividad; desalojan la plaza pública y penetran en los hogares, dejan de vociferar y murmuran, ya no proponen vocingleros programas de salvación colectiva sino que intentan seducir a cada uno hablándole al oído, como si hablara una amante irresistible.

Así que el desplazamiento de los discursos de lo público a lo privado se produce en un nivel segundo, recogiendo de lo estructural-comunicativo que proporciona la conversación los restos que quedan luego de la corrosión a que la han sometido los medios de comunicación social. Pero esta conclusión deja en la sombra la mayor parte del problema: ¿nos llevará a alguna parte estudiar lo más frecuente y decisivo,

lo más abundante e indicativo o, faltos de una definición clara del campo, deberemos seguir repitiendo los términos mismos de la crisis?